

DIAMANTE

MARIA JOSÉ THOMATIS



DIAMANTE

POR MARÍA JOSÉ THOMATIS

El cuerpo está enterrado debajo del pino en el patio. Nunca me había imaginado matando a alguien, pero una vez hecho, mi vida no tendría sentido sin esta historia. No siento frío, creo que los burletes que instalaste son bastante efectivos. Tuve que pedirte durante varios meses que recordaras comprarlos y cuando llegó el invierno con toda su furia helada todavía no los teníamos. El viento corría a través de esas hendiduras de un centímetro —las medí, lo recuerdo— que hay debajo de todas las puertas de esta casa. Puertas de metal en el medio de la montaña. A veces, cuando me levantaba en la madrugada para dejar salir a Paca, al tocar el picaporte me recorría las articulaciones un hielo que me provocaba la sensación de cortes en la piel. Esa misma sensación me recorría el cuerpo las noches que dormíamos juntos pero sin tocarnos y, en un descuido, con mi pie rozaba tu costado.

Miro a través de la ventana de la cocina mientras escribo esta carta sentada a la mesa y Paca duerme plácidamente apoyadas sus patas sobre mi pie izquierdo. Es mediodía y hay sol afuera, pero todavía quedan restos de la nieve de ayer en las ramas del pino, que van cediendo y provocan pequeñas y privadas nevadas en nuestro patio. Estoy en un buen lugar en este momento. Este instante es uno de esos que quisiera poder guardar en una caja, como a los objetos, para conservarlo y visitarlo cada vez que lo necesite.

Siempre voy a recordar el primer día en que me trajiste a esta casa. Tomamos vino y nos emborrachamos mirándonos a los ojos con las piernas entrelazadas. Habías puesto música clásica y, cuando la realidad ya se nos veía borrosa en los ojos pero también en el corazón, nos besamos apasionadamente y rompimos una copa. Nunca más volvimos a tomar vino juntos en esta casa. Muy pocas veces volvió a sentirse música dentro de sus paredes. Creo que hoy la dejaré sonando mientras mis pies caminan fuera de estas puertas de metal.

No sé si es una carta de despedida, yo más bien diría que es un men-

saje de cierre. Es probable que a vos no te sirva de nada y que la policía le ponga una etiqueta de “evidencia” antes de dejarte leerla siquiera. Igual creo que mis palabras te llegan a medida que la pluma dibuja el papel. Como si en el aire viajara un sedimento de esa tinta que llega a tus huesos hasta impregnarse en tu subconsciente. De hecho, creo que todo esto que te digo hoy vos siempre lo supiste y esta es sólo una confirmación que le ahorrará a la unidad de investigaciones la búsqueda de más culpables.

La nieve me hace feliz porque me transporta al día en que encontramos a Paca. Habíamos recorrido en el auto unos once kilómetros desde casa, porque yo te pedí que hiciéramos un picnic cerca de las paredes de la montaña para apreciar su imponente nevada. Vos jugabas a inventar neviscas artificiales sobre mi pelo, que terminó empapado, cuando desde atrás de una piedra sentimos un gemido desgarrador. Nos costó entender que eso blanco bañado en nieve era una perra sufriendo. La pata rota sanó más lento que su corazón, ese que en pocos días de convivencia nos entregó para siempre. Te pido disculpas por este divagar en mis pensamientos pero escribirlos es como vivirlos de nuevo. Lo difícil va a ser cuando tenga que repasar los malos recuerdos.

¿Cuándo empezó a gustarte ella? A esta hora el cuerpo debe estar congelado debajo de la tierra. Y mientras escribo estas palabras hago malabares con uno de tus encendedores, paseando mis dedos a través de la flama. Ninguno se quema. Siempre pienso en que me hubiera gustado ser fumadora sólo por la belleza del juego. Es una lástima que el tabaco nunca haya sido de mi agrado, porque me gusta mucho la ceremonia de los fumadores como vos: primero confeccionar el cigarrillo lo mismo que podrías armar una grulla; luego salir a la intemperie sin importar las condiciones del clima para reunirse con un grupo cómplice a practicar el ritual de la quema. No es menor la belleza del humo escapando de las bocas calientes, de labios abiertos en los que vuelven a apoyar el papel para aspirar su suerte. A veces se me ocurre este pensamiento de que me encendiste como a un cigarrillo y me fuiste consumiendo en la intemperie.

Recuerdo que la convivencia no fue fácil desde un principio, pero el tenerte cerca se sentía como estar en casa, abrazarte era como llegar de un viaje largo y sacarse las botas mojadas. La convivencia fue terrible. Un día me dijiste que yo era como un diamante y en ese momento pensé que era una cursilería barata, hasta que investigué acerca de los diamantes en la enciclopedia empolvada que yace en el último estante de tu biblioteca. Un diamante es el material más duro que se puede en-

contrar en nuestro planeta, no sólo es irrompible, también conduce el calor mejor que cualquier otro objeto y tiene una alta capacidad para dispersar la luz. En la industria se usa como una herramienta de corte y pulido. Ahora entiendo por qué se buscan estas piedras para simbolizar compromisos que luego con los años terminan siempre rotos. Tal vez tenías razón en esto de que soy un diamante, pero si es así, ¿cómo hiciste para consumirme?

Si tuviera que adjudicarte a vos la propiedad de algún elemento, hoy diría que sos carbón que espera convertirse en diamante. Todo es un proceso y lleva su debido tiempo. Cómo nos costó sostener esto y cuánto daño me provocó tu fuego constante. ¿Cómo se hace para aislar una relación humana de todas las relaciones humanas precedentes?, ¿Creés que si antes no nos hubieran arruinado nosotros habríamos sabido cuidar el uno del otro? No creo en el karma, creo en rocas que nos va cargando la vida y que nosotros dos traíamos grandes pesos a cuestas que le pertenecían a otros pero que hicimos carne propia.

Después de un tiempo viviendo aquí comencé a sentir que esta casa era mía, que era tan mi hogar como tu pecho. Llegabas siempre muy tarde por lo que las paredes se convirtieron en refugio de mis soledades, un fuerte desde el que veía pasar los días como en una película en la que yo no tenía un papel asignado. Vos y Paca eran los protagonistas del film y yo los observaba extasiada. Sin embargo, había días en los que me invadía la tristeza por no formar parte del elenco, estaban ahí a mi lado pero sentía que no podía alcanzarlos por más que existiera su calor entre mis dedos.

Ahora llegó el momento de recordarla a ella. Fue la primera compañía que encontré en este lugar ajeno. Eternamente sonriente, amiga de todos, la vecina me asedió desde el primer día; nunca comprendió que me gusta estar sola. ¿Te dije alguna vez que desconfío de las personas que le caen bien a todo el mundo? Porque para no tener problemas con nadie sólo hace falta cumplir alguno de estos requisitos: no tener juicios de valor respecto de la malicia humana o ser hipócrita. Cualquiera sea la causa es grave portar siempre una sonrisa de oreja a oreja en este mundo en el que vivimos.

Fiel a su esencia quiso ser mi amiga. ¿Será fortuito que su almacén quede justo frente a nuestra casa? No había manera de escapar a su cariño. En cuanto me veía abrir las cortinas me saludaba con exagerados ademanes mientras sacaba los carteles a la calle. Cuando iba a comprar algo, me ametrallaba a preguntas y comentarios sobre vos, sobre la casa, sobre mi soledad.

¿Te gusta Charly? A mí me encanta Charly, sobre todo sus últimos discos. El otro día pasé por la puerta de tu casa y lo estabas escuchando a todo volumen. Decí que somos pocos vecinos acá y que estamos en el medio de la nada, porque si no seguro que alguien venía con las quejas al almacén. Por eso me gusta acá, porque estamos solos y tranquilos sin que nadie nos moleste, ¿no? Vos sos muy solitaria, ¿no? Estás teniendo un mal día, ¿no? Lo noto en tu cara. Cuando quieras venís y nos tomamos unos mates y me lo contás todo, ¿sí? Me encanta tu personalidad, porque sos callada y seria y decís las cosas como son, por eso te considero mi amiga.

Así me hablaba todos los días, de todos los meses, de todo el tiempo que llevo acá. No tuve muchas más opciones que aceptar sus baldes de amistad. Generalmente venía a almorzar conmigo cuando cerraba el negocio y después algunas tardes yo me acercaba a hacerle compañía tras el mostrador. Vos también fuiste su amigo. No te pesaba su personalidad, te gustaba que te sonriera y que te preguntara por mí con picardía. Ahora que lo pienso nunca estuvimos los tres juntos en una misma habitación. Hubiera sido insoportable.

Fue exactamente hace un año, con la llegada de las primeras nevadas, que se rompió algo en mí y eso me convirtió en una asesina. Hacía poco habíamos adoptado a Paca y yo no dormía bien; despertaba a cada rato con sus sollozos de cachorra. Como cada día, vos habías madrugado para irte al trabajo. Sentí tus pies deslizarse dentro de los zapatos, el “click” de los botones de metal de tu camisa, el cepillo raspando tus dientes, el perfume invadiendo la casa y la llave cerrando la puerta. Pensé que estuvo mal saberme despierta y no darte un beso de despedida así que, envuelta en una frazada, abrí la ventana y me asomé para gritarte mi amor recién amanecido. Todo lo que yo quería darte lo estabas recibiendo de ella, que había salido en pijama a sellar el beso furtivo. Juro que sentí un ruido dentro de mí como de líquidos volcándose. Cerré la ventana con las manos heladas y las mejillas calientes. Recordé que me habías comparado alguna vez con un diamante y derramé una sola lágrima. A partir del desamor sólo quedaron vidas trucas.

No cancelé nuestros almuerzos juntas ni dejé de visitarla por las tardes. Mi relación con vos tampoco cambió, te daba todo de mí igual que antes. La única diferencia era que yo sabía lo que pasaba. Pero a ella empecé a odiarla rápidamente, más que antes, con furia. Me quitaba el sueño su hipocresía, su sonrisa, esos labios que yo la veía usar para comer y que luego estarían en tu boca para terminar en mi entrepierna por las noches. Me torturaba su intromisión en mi soledad, la manera

en que invadía con su imagen mis pensamientos.

Por eso al poco tiempo decidí matarla. Meses enteros me pasé imaginando todas las maneras en que podía hacerlo hasta que alcancé la determinación final. Es curioso, cuando una se pone a pensar en la muerte, la cantidad de caminos que existen para alcanzarla. Vivimos cada día como si fuera algo inaccesible pero, si se trata de opciones y lugares donde encontrarla, la muerte está al alcance de cualquier mano.

Si bien las armas de fuego son tentadoras, me espantó la idea del ruido que provocaría un disparo al corazón aquí en la montaña. La nieve nos provee de un silencio pacífico y yo no soy quien para perturbar la calma natural de este paraje. Los otros métodos que pensé implicaban un contacto físico que no quería mantener con mi víctima. Así que me decidí por el veneno: almorzaba casi todos los días con ella y sería fácil disimularlo en su plato. De hecho, compré el veneno para ratas de su propia mano.

Había planificado su muerte para este lunes. Ella siempre decía cuánto odiaba los lunes. Pero el domingo a la noche comenzaron a acosarme los fantasmas de la compasión y la duda: ¿No sería mejor irme de la casa y hacer de nuevo mi vida?, ¿realmente merece morir por esconder un amorío?, ¿alguna vez tendré un papel en esta película? La decisión estaba tomada: tenía que morir.

Llegó ayer a casa como todos los días: el cabello atado en una media cola, ropa ajustada y ojeras de haber dormido poco. Yo estaba preparando con mucha dedicación el almuerzo: comeríamos pollo con verduras al horno. Ella se dispuso a tender la mesa y a establecer la misma conversación de siempre. Me preguntó cómo estaba, qué cosas había hecho durante la mañana. Se mostró genuinamente feliz cuando le conté que había visto una lagartija caminar sobre la nieve cuando salí a pintar en la galería. Entonces entendí que esa mujer realmente me quería. Y ella comió, devoró el pollo con las verduras. Al terminar la comida y nuestra conversación se fue a casa.

Estaba triste. Me quedé sentada toda la tarde mirando la nieve en los árboles a través de la ventana, hasta que oscureció y tuve que preparar la cena. No tenía ganas de cocinar, así que sólo calenté sopa que había sobrado de la noche del domingo. Vos llegaste, me diste un beso distraído mientras yo servía tu plato. Tomaste la sopa sin darte cuenta de que no estaba sentada a la mesa. Guardé el veneno para ratas en la alacena y te desvaneciste sobre el mantel antes de que terminara de lavar los platos.

El cuerpo está enterrado en el patio debajo del pino. Por la ventana

la veo a ella cruzar la ruta. Tiene lentes de sol y lleva en la mano un atado de laureles secos. Hoy la espero a almorzar, igual que ayer, y le pedí que trajera laurel para el tuco. Seguramente me preguntará por vos, me dirá que no te vio salir en el auto con su mirada perdida en la ventana. Algo inventaré.

No le voy a decir que te guardé, como a los objetos, en un lugar donde siempre pueda encontrarte. Es imposible que ella entienda que el cuerpo está enterrado debajo del pino pero que vos ahora sos carbón y que en algún momento de estas pequeñas y privadas nevadas vas a tener la oportunidad de nacer de nuevo, esta vez transformado en diamante como yo.